

ción artística, por lo general, está íntimamente ligado a las vivencias y experiencias del autor. De ahí el realismo vital, la fluidez del relato, el caminar sin jadeos por las calles, bares y prostíbulos, en compañía de los protagonistas, que se sumergen en la noche buscando una evasión a través de los "túneles morados".

Esos muchachos universitarios, borrachos de vino y de angustia, bajo la lluvia de arrabal, interrogándose a sí mismos, sin obtener respuestas, golpeándose sin piedad contra el invisible muro de la noche, torturándose para abrir una brecha en el enigma de sus vidas, simbolizan, en cierto modo, el espíritu "existencialista" de una época que será siempre transitoria, porque la angustia de vivir se renueva cada día.

Daniel Belmar puede sentirse satisfecho de su última obra. Si no está a la altura de "Coirón" ni "Roble Huacho", es un nuevo y valioso hito en su carrera literaria, en la que ha logrado tantos y merecidos éxitos. Por otra parte, revela una admirable vitalidad artística y literaria. Belmar no se encasilla ni se encasilla en determinados temas. Por el contrario, nos está dando fehacientes pruebas de que su talento creador puede probarlo en cualquier tema. Es un mérito valioso e indiscutible que nos complacemos en consignar en estas líneas.

Gonzalo Drago

<https://doi.org/10.29393/At392-77COLM10077>

La copia y otros originales, de JOSÉ S. GONZÁLEZ VERA
Nascimento, Santiago de Chile, 1961

La expresión de González Vera es esencialmente irónica, quienes no lo estiman mucho y alternan con él, casi siempre sonriente, con modales amables que aparentan acoger y establecer distancia, hablan de una actitud convencional, fría como en falsete, distante de cómo imaginamos a los sudorosos, contradictorios y a veces sinceros seres humanos. Pero González Vera es como es o es, pasada la frontera de los 60 años, como la vida ha querido modelarlo. Nunca se sabe el destino de la sensibilidad, a través de los duros engranajes de la existencia. Hombres astutos que hablan como muriéndose, desinteresados de todo, han sido sensuales, ávidos, voraces. Sujetos impertinentes que buscan la agresión, como un secreto, a fin de ser agredidos y compensar su íntima necesidad de martirio, son de verdad seres tímidos, inseguros, con estas mismas fallas lanzadas hacia afuera, con una arrogancia que choca y se siente tirada de los cabellos, artificial. González Vera derivó desde sus primeras prosas, azorinescas, con estampas finas que son aciertos inolvidables, hacia el humorismo de caricatura, helado y cruel por instantes, chaplinesco, cuando la tendencia íntima del autor se inclina, como él mismo lo dice, hacia el vencido, al filántropo de buena ley, al apóstol incomprendido, al orador sin auditorio, al vendedor sin clientes. Cabría preguntarse si resta un espacio humano, demasiado humano en esta actitud, si la línea de la caricatura simplifica, a veces, demasiado, si recorta con desmedro de la carne palpitante, menos graciosa y estética, pero no menos interesante para quien desee interpretarla y conducirla a una expresión literaria. Podría señalarse también un matiz entre humorismo sano, gozoso, remanente de una poderosa salud e ironía cruel, amarga, como los perfila, situando cada sentimiento en su parcela, Benedetto Croce en sus ensayos sobre el humor, pero

no vamos a hacerlo. Ahora sólo nos interesa González Vera, en su libro, recién aparecido, bajo el sello de la Editorial Nascimento, *La copia y otros originales*.

La tendencia al humor, a la viñeta destinada siempre a producir un efecto, son aquí evidentes, aunque la ironía, el chiste, el juego de simple contraste, sean proclives, como diría el propio González Vera, a la elaboración más intelectual, a mayor distancia, sin que se produzcan en la frescura de la observación directa. Hombres, cosas, hechos pasan captados por la pupila impassible de González Vera, inmovilizados por un rasgo, aquel ocultador de la gracia, de la simpatía caricaturesca, alimento para estómagos algo ulcerados que busca una quintaesencia o que sitúan entre la realidad vital y ellos mismos, un filtro, un color que les engañe gratamente la vista. Pero, de improviso, la presión intelectual del autor salta estas complicadas vallas, estos conductos enredados del laberinto y pretende matar al minotauro. He aquí un trozo donde está mostrada la vida multiforme, inasible y la tendencia de encuadrarla en la letra, en el artificio convencional de los instrumentos judiciales. Escribe González Vera:

"La ley atiende la relación entre personas. Lo puramente individual no entra en su texto. Que un individuo viva es bueno para su familia y sus amigos. Es algo personal, una miserable transición entre el nacimiento y el deceso. Sabemos cuándo una persona está en sus cabales, mas vaya usted a definirlo y se volverá loco. A propósito de éstos: por el dinamismo que desarrollan se creería que tienen mayor vitalidad que los cuerdos. No obstante, su acción es de sentido íntimo, bastante hermética, si se la considera racionalmente. No se ajusta a ninguna definición. El demente puede ser más viejo que Matusalén y es forzoso tenerle por menor de edad. La gente, no sé si con razón, les llama muertos vivos. ¡Adónde iríamos a parar si hiciéramos las inscripciones por pareceres, por darle gusto a nuestra fantasía! Después del nacimiento uno certifica que mengano casó con zutana. Basta con que llenen los requisitos. He aquí otro acto preciso, que se acomoda a la ley como el guante a la mano."

Y todo un párrafo más abajo:

"Diverso es dar certificados de supervivencia. Serían mera ficción. Vivir es algo que cambia de ser a ser. No hay cómo tomarlo. Los médicos dicen que reproducirse, adaptarse, nutrirse, son características de la vida. Conforme, pero hay más: lo imponderable. Los hindúes pasan meses sin comer y siguen viviendo, los ancianos viven y no se reproducen. Todo es un gran lío. Y no nos hemos referido a la parte que el Altísimo debe de tener en esto. Si tuviéramos tal obligación, sería salir de una vergüenza y caer en otra. Damos un certificado y el portador muere de un ataque en la calle. ¡Y nuestro papel con firma y sello, en regla diciendo que vive! Seríamos el hazmerreir. No, esa es labor de notarios. Ellos dejan constancia de lo que se le ocurre al pagador de la escritura.

"Un funcionario, respetuosamente, puso ante su jefe una ruma de documentos. Monardes se despide con una sonrisa económica.

"Cuán difícil es salir de las tinieblas."

En este juego más racional, en que el rigor de la captación justa es más visible, se advierte la ligereza del ironista. Los hechos no están tomados por su asa viva, por ese fondo dramático y sonriente que usó, con su genio único, a pesar de todo lo que ha sido imitado, Chaplin. Sabemos que se

puede vivir inmóvil, con todas las combustiones reducidas al mínimo, como lo hacen los animales en el invierno, y no morir; el psicoanalista Erich Fromm nos asegura que el problema de la vida mental no es por qué enloquecen algunas personas, sino más bien por qué no enloquece la mayor parte; bastaría que en un certificado de supervivencia se anotara la hora, para que el retruécano de González Vera se desarticulara, pero no cabe una contradicción sesuda. El autor es pariente literario en Chile de Manuel J. Ortiz, de Daniel de la Vega, y en España, de Luis Taboada. Sólo que más artifice que Ortiz y Taboada, logra una viñeta, en sus mejores rasgos, como pudo escribirla Azorín, eso sí y hay que anotarlo, con menos presión intelectual, con una frivolidad que busca el premio de la sonrisa. Pero González Vera se hace leer, aunque se le hagan distingos críticos, aunque se vean con nitidez sus secretos. De eso no cabe duda.

Elogio de Valentín Brandau, de RAÚL SILVA CASTRO

Raúl Silva Castro ha publicado una tirada aparte de la revista *Atenea*, con su elogio a don Valentín Brandau, fallecido en el curso del año pasado. Nosotros sólo conocimos de vista al personaje. Era un hombre pequeño, muy blanco, de pelo fuertemente castaño. Después de su larga carrera de abogado, subía a los temibles vehículos de nuestra locomoción colectiva, como un viandante cualquiera. Pero en las tertulias íntimas Brandau se agigantaba. Luis Durand lo describía con mucho recelo, como un polemista capaz de pulverizar esos argumentos que los seres tímidos conciben en su mente y nunca se atreven a formular en su oportunidad. El registro de su voz era amplio, su alegato tan sesudo e informado que el contradictor siempre estaba en riesgo de quedar a la intemperie, afrentado por la oprobiosa desnudez del ignorante. Nos refería alguien muy calificado que Brandau, en sus posiciones políticas, era rígido, de una dureza de iridio, carácter que le impidió llegar más lejos en su partido, el liberal. Carecía de esa soltura que es sinónimo de la vida, del acero dúctil que cede y no se rompe.

“Una penetrante visión del mundo le permitía acercar las edades —escribe Silva Castro refiriéndose a Brandau. Hablaba lo mismo de los hombres que descollaron en las jornadas de la caída de Roma o en el cortejo de Luis XVI, como de Kerenski, Trotsky, Stalin y otros seres de la época contemporánea. El historiador que latía en él, inexpresado porque jamás publicó un libro propiamente histórico, le inclinaba a aproximar idealmente a esos ejemplares escogidos de humanidad, en virtud de la esencial e irreductible semejanza que existe entre todos los hombres nacidos de mujer, sea cual fuere la edad en que hubieron de vivir.”

Pero el mismo Silva Castro, con la fría objetividad que lo caracteriza, encamina sus citas hacia la forma cómo pensaba don Valentín Brandau acerca de las mujeres, cuando era muy joven, lo que a veces corresponde a la edad del sentimiento y de la ilusión. No olvidemos el consejo que da don Francisco de Quevedo en “Los sueños”, relativo a que nadie, ni la más bella de las musas, puede mirarse de frente o aquello que responde don Quijote a Sancho cuando éste le informa que la dama de sus pensamientos, doña Dulcinea del Toboso, es una fea maritornes que huele a ajos. Escribió don Valentín Brandau, en su conferencia intitulada “Caracteres mentales de la mujer”: